







INQUILINOS

SANTIAGO SUÑER

- Ilustrado por: NICOLÁS ZUKERFELD

Suñer, Santiago

Inquilinos / Santiago Suñer ; edición literaria a cargo de Inés Kreplak y Marcos Almada; ilustrado por Nicolás Zukerfeld. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 128 p. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 17)

ISBN 978-987-3772-25-2

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, Inés, ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Zukerfeld, Nicolás, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



SANTIAGO SUÑER

AZUL, PROV. DE BUENOS AIRES, 1975.
Es profesor en letras por la Universidad de la Plata. Trabaja como docente en la Escuela Nacional Adolfo Pérez Esquivel de Olavarría y en los Institutos 156 y 157 de Azul. Recibió una mención en el Concurso Haroldo Conti en 2006.



NICOLÁS ZUKERFELD

BUENOS AIRES, 1982. Es director de Cine, egresado de Universidad del Cine (FUC), donde es docente. Sus cortometrajes fueron exhibidos en Festivales Internacionales como el BAFICI y en el Museo de Arte Latinoamericano (MALBA). Forma parte del Colectivo de investigación y experimentación alrededor del campo de la historieta, *Un Faulduo*. Realizó diversas exposiciones

y performances. A comienzos de 2014, obtuvo un subsidio del Fondo Metropolitano de Cultura, las Artes y las Ciencias, para la realización de un libro basado en el ensayo de Oscar Masotta “La historieta en el mundo moderno”. Se puede ver su obra en:

•*unfaulduo.com*

**QUINCE POSIBILIDADES PARA
UNA VIDA VENTUROSA**



El resto de los chicos ya estaba sentado en el borde de la pileta, como una fila de muñequitos, observando con atención al profesor, que tenía más de medio cuerpo fuera del agua. El profesor les hablaba con énfasis, con la voz engolada y, al mismo tiempo, con el tono melifluo que los profesores de

educación física utilizan para instruir a los menores en algún tema cualquiera, dándole a todo una importancia inverosímil. La voz resonaba en la cúpula de la pileta y el ambiente caldeado, el fuerte olor a cloro y a otros productos químicos magnificaban el efecto sonoro. Los chicos hacían un gran esfuerzo por descifrar las palabras.

—Andá, corré que ya llegás tarde —le dijo el padre al oído, mientras le daba una palmada sobre los hombros desnudos, para impulsarlo.



–Sí –dijo Gonzalo. Inmediatamente salió corriendo, con pasos cortos y cuidadosos, desde la puerta de los vestuarios hasta el borde de la pileta, a través de las baldosas donde se habían acumulado pequeños charcos de agua.

–Con cuidado; no corras que te podrías caer –lo contuvo el profesor desde el agua, sin modificar la entonación.

–No corras Gonzalo –repitió el padre.

El padre se quedó en cuclillas mirándolo atravesar la atmósfera cargada, después se irguió y caminó hasta donde el

resto de los padres se acomodaban para presenciar las clases de natación que tomaban sus hijos. Sentía un vago orgullo por Gonzalo, por cómo era, cómo hablaba, cuando lo comparaba con los demás chicos de su edad.

Habían llegado tarde, apenas cinco minutos, porque no encontraban las antiparras. Gonzalo quería llevarlas, aunque no hubiera necesidad, porque no le permitían usarlas en la pileta, y su padre había esperado, en apariencia, pacientemente. Sin embargo, durante el viaje



desde la casa a la pileta, Raúl Benavente se tomó unos minutos para aleccionar a su hijo de seis años sobre los problemas que causa una obsesión, sobre la inutilidad de algunas cosas y, más que nada, sobre cómo debía comportarse dentro de la pileta.

Desde el borde de la pileta, Gonzalo lo miraba y, a pesar de su corta edad y de no ser lo que puede llamarse un chico brillante, percibía el vago orgullo que sentía su padre y percibía además que su llegada hasta la pileta y la de

su padre al conjunto de padres eran la misma cosa idéntica y, tal vez, insignificante. No percibía con claridad el orgullo de su padre; quizá no supiera qué es el orgullo. Más bien presentía una expectativa velada, una espera constante cernida sobre él, y en ella, una serie de limitaciones, un peso sin fundamento que no habría podido explicar, algo que lo tornaba medroso e inseguro, aunque hiciese un esfuerzo enorme por disimularlo. También es probable que no pudiese explicar qué era lo idéntico e



insignificante en las acciones del padre y las suyas, pero cuando esas impresiones le llegaban así, mudas, sentía una especie de vacío; de golpe se daba cuenta de que algo había perdido el sentido que debía tener. Por supuesto que eran meras intuiciones, porque él no podía saber claramente qué sentido debían tener las cosas o de qué forma, al ser idénticas o percibir las como tales, esas acciones perdían sentido o hacían que otros detalles lo perdieran. Es claro que él no podría haber dicho

nunca: el hecho de que mi padre venga hasta donde están otros padres y yo en otro nivel reproduzca esa escena, hace que las acciones de mi padre y la mía sean iguales, en sus alcances y condicionamientos, y que dentro de ellas actuemos de la misma forma solo quiere decir que si mi padre tuvo mi edad en algún momento de su vida, hasta llegar a ser lo que hoy es, nada ha cambiado en él (si cuando tenía mi edad era como yo); responde como respondo yo, un chico, dentro de los mismos límites



que le impone la realidad, y esto solo quiere decir que ya puedo salir y vivir solo, porque no hay nada que en otra nueva situación él pueda solucionarme que yo no pueda solucionar solo, no tiene nada para ofrecer que no pueda encontrar en mí. Él es mi padre solo nominalmente, porque es apenas un chico como yo, que tuvo un hijo y que debe criarlo. Es difícil, casi imposible, que elaborara ese razonamiento; y sin embargo, un sentimiento indefinible y negativo lo invadía.

En la vuelta a casa, Gonzalo observaba silenciosamente el movimiento repetido y circular que las irregularidades del asfalto imprimían en la cabeza de un muñeco que había en la luneta del coche. Era un perro color marrón con manchas blancas de una raza imprecisa, pero mediana. Tenía un pequeño collar dorado alrededor del cuello, donde la cabeza se despegaba del resto del cuerpo. Quien diseñó el aparato había decidido que tuviese la boca entreabierta y la punta de la lengua asomándose hacia



un costado, detalle que le daba el aspecto de perro cansado y satisfecho al mismo tiempo, como una estampilla de la felicidad. Gonzalo miraba la manera en que la cabeza subía y bajaba y se movía circularmente. No pensaba en nada, no sabía si le gustaba el muñeco o quería desentrañar el artificio de resortes y arandelas que permitía el movimiento de la cabeza. Lo miraba quedo, inmediato y vacío.

Su padre, después de haber notado la suspensión con que miraba el aparato,

le dijo:

–Dejá de mirar eso, ¿querés?

–¿Por? –no había en la pregunta ninguna intención de rebeldía.

–Porque parecés tarado. Dentro de un rato vas a quedar igual que el perro ese.

–Bueno –respondió Gonzalo, casi en voz baja, y apartó la vista. No era un asunto para hacerse demasiados problemas, en realidad.

–¿Querés que compremos unos bizcochos para llevar a casa?, de esos que te gustan, con mucho hojaldre.



—¿Los de acordeón? —con la pregunta, Gonzalo pareció despertar.

—Sí, esos que te gustan.

—Dale.

Se dio vuelta sobre el asiento y quedó mirando hacia delante. No veía la calle, porque la altura le dejaba ver solamente el respaldo del asiento delantero. Se quedó así, sin hablar, hasta que llegaron a la casa. No sentía tristeza, quizá no tenía nada para contar. Es difícil asegurar qué piensa un chico cuando se queda callado y serio. Sin embargo, cuando

llegaron bajó apurado del auto.

–Cuidado –gritó el padre, al verlo correr hacia la casa.

Abrió la puerta y fue rápidamente hasta la cocina, donde la madre le estaba preparando una taza de café con leche. Ella lo vio y se dispuso a recibirlo, pero él, que venía en dirección a ella, fue frenándose hasta quedar detenido y ella lo agarró entre sus brazos y lo atrajo hasta abrazarlo y besarlo.

–¿Cómo te fue? –le preguntó con tono jovial. Su madre tenía una voz suave y



un poco grave y hablaba pausadamente y sin lentitud. A veces, oírla lo hacía sentir tranquilo, en calma, y, también, no siempre en las mismas ocasiones, seguro y protegido de alguna forma. No puede decirse de qué forma una voz es capaz de generar esos sentimientos; pero es cierto que Gonzalo tomaba alguna distancia de esa seguridad, como si desconfiara o le temiera.

—Bien —dijo solamente.

—¿Qué hicieron hoy?

—Nadar.

–¿Ya vas a lo hondo? –le preguntó, con esperanza.

–Le dijeron que fuera, pero no quiso ir.

–Porque no me gustaba.

–Porque tenías miedo –aseguró el padre cariñosamente, y lo agarró para abrazarlo y hacerle cosquillas.

Gonzalo se zafó de los brazos del padre.

–No tenía miedo.

–No está mal tener miedo –le dijo–. Hay muchas cosas que a uno le hacen tener miedo. Está mal mentir.



–No tenía miedo. Todavía no puedo ir.

–Pero si el profesor dice que podés ir –le dijo la madre, dejó la taza sobre la mesa y agarrándolo por los hombros lo movió para que él pudiera mirarla a los ojos cuando le hablaba– es porque podés ir y no te va a pasar nada.

–El profesor va a saber más que yo lo que puedo hacer.

–Sí –confirmó el padre–. A veces no te das cuenta que podés hacer cosas que podés hacer y al final te quedás sin haberlas hecho porque no te insisten.

No te olvides de eso.

–Bueno –dijo Gonzalo–. Voy a tomar la leche.

Despejado de cualquier otro problema Gonzalo tenía la mirada fija en el televisor, que la madre le había encendido debidamente cuando oyó la puerta. La taza iba y venía desde sus labios a la mesa sin que los movimientos interrumpieran su atención, de forma automática, con precisiones que solo se derivan de la práctica constante.

–Vinieron a buscarte –le informó la



madre de Gonzalo al padre, mientras le alcanzaba un mate.

—¿Quién? ¿Del trabajo? —automáticamente consultó la hora.

—Sí.

—¿No sabés qué querían?

—No, no tengo idea —se interrumpió para limpiarse los ojos con la manga de la camisa. Estaba cortando cebolla para la cena y los ojos se le habían llenado de lágrimas. Con la voz congestionada siguió:

—Era Gorostiaga el que vino.

—Ah, no sería importante.

—No creo.

—¿Por?

—No sé, me pareció.

Él hizo un gesto de fastidio, abrió la puerta que daba al patio, dejó el paquete de cigarrillos en el borde de la mesada, prendió uno que había sacado y salió de la cocina.

—¿Por qué te pareció?

—No sé, tenía pinta de venir por cualquier cosa que no tenía que ver con el trabajo. Además no me quiso decir



nada cuando le pregunté si quería dejarte algún mensaje. Ya había repartido las cebollas cortadas en juliana sobre la fuente y acomodó las papas, peladas y limpias, sobre una nueva tabla de madera. Cebó otro mate y se lo alcanzó al patio. Él volvió después de tomarlo, corrió la pava del fuego de la hornalla, para que no se hirviera el agua.

—Bueno —dijo—, si me necesitan estoy acá; hoy ya trabajé, ahora que no me jodan.

La mujer no hizo ningún tipo de ges-

to ni movimiento que permitiera suponer que lo había oído. Una vez que las papas estuvieron cortadas en rodajas, las dispuso sobre la fuente, de manera que la proporción fuera pareja.

Gonzalo apareció en la cocina con la taza vacía en una mano y el plato con migas en la otra.

—Ah, gracias, mi vida —dijo la madre, cuando lo vio.

El padre, como estaba de espaldas a Gonzalo, se dio vuelta bruscamente, distraído, para entender el sentido de la



exclamación que había hecho su esposa. Sin querer, la mano derecha chocó con la mano en que Gonzalo traía la taza y él, por evitar que esta se cayera, inconscientemente, soltó el plato que giró en el aire y rebotó en el piso dos veces antes de quedar quieto. El plato no se rompió; solamente una fisura dibujó una línea irregular sobre una parte del borde.

—Si serás... —exclamó el padre irritado. No había visto que el plato no tenía nada. Gonzalo contrajo el cuerpo sin pensar, como si esperara un golpe in-

evitable. Su padre se ponía de muy mal humor cuando algo se rompía, no importaba si era vajilla, muebles, aparatos, y golpeaba cualquier cosa que tuviera a mano, ocasionando a veces, una rotura adicional. Sin embargo, Gonzalo sabía, y si hubiese podido pensar antes de hacerlo no se habría contraído, que su padre nunca le habría levantado la mano con intención de pegarle. No era un hombre violento, al menos no violento hacia él o hacia su madre, aunque a Gonzalo le parecía que su padre tenía



un aire duro y severo. Sí era irritable y quizá ese rasgo confundía a Gonzalo porque la dureza y la severidad no son siempre parte de una persona violenta. Ni siquiera lo castigó un año antes, cuando Gonzalo se trepó a la mesada con la intención de alcanzar un vaso de la alacena y se le cayó encima y el destrozo de platos, vasos, copas y comploteras fue total. Se enojó mucho, le gritó, puteó, rompió el termo contra el piso, pero no le pegó ni lo puso en penitencia. Al otro día habían olvidado el asun-

to. Incluso el hecho de comer durante un mes sobre unas tablitas de madera prestadas y unos vasos de lata, no ofrecieron la oportunidad para un reproche.

Gonzalo recuperó su postura, pero sentía vagamente el miedo. El padre siguió hablando de su compañero de trabajo, como si no hubiese ocurrido nada. El vago temor que había sentido se deshizo. Y entonces, si Gonzalo hubiese podido expresarlo, posiblemente habría dicho o pensado que quizá ese era el obstáculo real. Los acontecimien-



tos del mundo, a pesar de ser los mismos, son diferentes en un padre y en un hijo, y eso no quiere decir que el padre dé más o menos importancia a un hecho que su hijo, sino simplemente que el tiempo, en el mundo que vive el hijo, busca obstinadamente sincronizarse con el tiempo del mundo en que vive el padre o los adultos en general; y no sería ese el inconveniente mayor, sino fuera que en el mundo en que vive el padre ese ajuste es una prerrogativa ignorante, en el sentido de que cualquier

adulto ignora que el hijo anda detrás, al acecho de un mundo que no le pertenece, al cual no pertenece, al que solo lo arrastra no el deseo de pertenecer sino el incierto terror de no lograr hacerlo y, a la vez, sentir que es necesario, solo por el acontecimiento singular de ser ese el mundo que los adultos le ofrecen y le muestran, aunque dista insalvablemente del que percibe. Claro, Gonzalo apenas se sintió desalentado y extraño. Ese terror momentáneo podría equivaler a esta percepción: le parecía increíble que



alguna vez fuera a ocurrir que crecieran sus manos, sus pies, su cara y su cabeza y se agravara su voz y llegara a usar barba o a afeitársela. Y como un hecho ligado a esos cambios, él perdería la capacidad o la habilidad de percibir esas discrepancias. No lo creía, y sin embargo, temía, y, en los momentos en que más se acercaba a una claridad sobre ese sentimiento, entre otras alternativas, había ideado un ejercicio, que nunca llevaba a cabo porque la realidad lo superaba, para no perder esa habilidad,

basado en consignas que lo sometían a situaciones similares con sus hermanos menores, aunque esto implicara, como consecuencia, estar del otro lado.

—Que no molesten ahora —dijo el padre, volviendo al tema de la visita que había recibido—. Hay que hacerse respetar ¿no? —miró a Gonzalo—. Alcanzame la taza. Primero te llaman para comunicarte algo, después te vienen a buscar y después estás laburando dieciséis horas por el sueldo de ocho.

Gonzalo alcanzó la taza; se agachó,



levantó el plato del piso y también se lo alcanzó, para que el padre los llevara a la pileta.

—Fijate si Juani se terminó de bañar, Gon —interrumpió la madre—. Sino, decile que salga. Ya hace mucho que está en la ducha. Faltás vos nomás.

—Yo ya me duché en la pileta.

—Para sacarte el cloro, mi amor, pero hay que bañarse bien.

—No, me bañé con shampoo y jabón y todo.

—¿Todo? ¿A tu padre se le ocurrió eso?

–Claro –dijo el padre. Se cebó otro mate y miró a Gonzalo–. ¿Tenés tarea para mañana?

–No.

–¿Estas seguro?

–Sí.

–No te aproveches de que tenés facilidad y dejes todo para lo último y sin hacer.

–No –asintió Gonzalo.

–Mirame a mí. Así hacía yo y hoy laburo como un negro por dos mangos.

–¿Qué? ¿Estamos mal? –preguntó



Gonzalo y su pregunta era, igual que otras preguntas suyas en ocasiones similares, como una cáscara, porque en el fondo ignoraba a qué se refería, como si su sentido estuviese casi al alcance de su mano pero lo rozara con la punta de los dedos solamente—. Para mí estamos bien —dijo después.

Su padre y su madre mantuvieron una mínima conversación en un murmullo que él no pudo descifrar. Parecían, más bien, unos comentarios o unos reproches hechos furtivamente. Levantó

los hombros y se dirigió al baño, a sacar a su hermano de la ducha. Ni bien Gonzalo atravesó la puerta sus padres retomaron la charla y Gonzalo oyó con dificultad alguna cosa.

—Ese Gorostiaga no me gusta nada — la voz había subido apenas; el tono, sin embargo, era feroz— ya sabés que estuvo metido en el banco, cuando se armó el despelote con los depósitos y sabés que también se fue debiendo quedarse y que volvió después que el frigorífico se había fundido.



—Sí, ya sé —respondió el padre con el ánimo cansado por un tema mil veces repetido—. Pero él era un empleado más. No tenía nada que ver.

Tomó otro mate y lo dejó junto a la pava.

—No sé, a mí no me gusta nada.

Ella siguió armando la tarta y dio por terminada la conversación con la última frase.

Desde la pieza, Gonzalo oía el silencio de sus padres. Jugaba con Juani, armaban y desarmaban un rompeca-

bezas que ya era repetido y monótono. Conversaban poco mientras jugaban y Gonzalo estaba atento a lo que ocurría en la cocina. Sabía que su madre detestaba a ese Gorostiaga a quien él no había visto nunca.

Juani lo interrumpió, le dijo que cuando comieran, él debería sentarse junto a su madre. A Gonzalo no le importaba si le tocaba sentarse más cerca o más lejos de cualquiera de sus padres, no le importaba sentarse en la mesa. Sintió que todo era igual. Decir “todo” era demasiado,



pero representaba su futuro inmediato. Si alguien le hubiese preguntado, él habría reconocido que su cuerpo exhausto prefería la cama a mantenerse parado y que, aunque las exageraciones no sirven de argumento más que para posturas radicales, al menos quedaría claro, si hubiese sido capaz de decirlo, que “todo” no tenía un alcance absoluto y la continuidad de su vida (o el deseo de la continuidad de su vida) no estaba en peligro.

Cuando el padre apareció en la pieza para llamar a los dos hermanos a ce-

nar, Gonzalo, con cautela, dejó pasar a su hermano; esperó, cuidando que el tiempo de espera no fuese notorio, que el resto tomara su lugar y se acomodó en la silla libre. Creyó que atender estas nimiedades era importante, y sintió, hay que suponer, que estaba al borde de una concreta división, de un abismo, de una posibilidad: no era la primera vez que eso ocurría (la primera vez queda para el mito y el misterio). Sabía que era, aunque sin mucha lucidez, un tiempo aún en que ese mito perduraba, que



no se había fijado y que no estaba claro ni siquiera para él. El sentimiento de Gonzalo probaba que era una situación repetida, no formaba parte del pasado aún, no era todavía una causa que explicara su comportamiento. Aunque había una limitación y no podía pensar que el hecho de sentir el vértigo frente a ese abismo constituía la posibilidad de negarlo en cualquiera de las direcciones, pudo reconocer que ignoraba de qué podía salvarlo una decisión y cuál podía ser. Quizá sentía que esa nimie-

dad era importante solo porque era un desconocimiento incierto y no porque atenderla constituyera su importancia.

La familia pareció ignorar durante la cena estas tribulaciones, si es que lo fueron y no pasaron de ser un malestar algo impreciso. Habían olvidado el tema del señor Gorostiaga, el de la pileta, el de la plata y también de dialogar; la televisión, una telenovela anodina, ocupaba todo el espacio que una conversación podría haberle usurpado.

Gonzalo pensó en otra cosa: en la es-



cuela, en formar fila antes de entrar al aula, en las tareas que no había hecho, en su baja estatura al lado de sus compañeros, en la mortificante espera de un agravio que no llegaba.

—¿Por qué no comés?

—Sí que como.

—No, el plato está casi lleno.

—Casi, pero comí.

—Dejalo, Raúl.

—No, tiene que comer; le va a hacer mal.

—Pero comí.

–Mirá el plato de Juani, él se comió todo.

–Pero yo no tengo tanto hambre.

Quizá Gonzalo habría querido decir que su hermano no entendía nada, que sin entender no se tiene miedo, que sin miedo siempre es posible comer, estar más allá de un umbral donde empieza lo completamente humano: la posibilidad de que el cuerpo ya no dependa de sí mismo. Quizá habría querido que esa conversación no existiera.

–Dejalo, Raúl, tomó la leche tarde.



El padre insistió, después de aclararle que se decía “tanta hambre”; habló de desorganizaciones y cosas por el estilo. Se enojó porque Gonzalo no tenía hambre. Y se calmó, después de que su esposa le dijera que guardara esa energía para hacerse respetar en el trabajo.

Al borde de la cama, con la pieza a oscuras y Juani dormido, el padre le dijo en un susurro.

—Vos sabés que yo te quiero, ¿no? Que todo lo hago pensado en ustedes dos, en vos y tu hermano, ¿no? Lo hago

todo por tu bien, ¿sabés?

—Sí —se oyó.

Ni el propio Gonzalo reconoció su voz en la oscuridad, como si no fuera él quien había respondido. Y es posible que su padre no lo escuchara y no supiese si estaba todavía despierto.

Al rato, Gonzalo, mientras advertía que sus ojos empezaban a reconocer algunos contornos por acostumbrarse a la oscuridad de su pieza, empezó a oír las voces de sus padres apagadas, amortiguadas por la distancia. No sabía



si discutían, si conversaban o las voces obedecían a alguna otra acción que no podía imaginar en qué consistía, acción que se sabía inútil aún para comprender. Así se iba durmiendo.



EL TESTAMENTO



—No; que yo recuerde no fue esa la situación más extraña en la que me tocó escribir. Y si dejamos de lado mi producción, me refiero a trabajo de escritura, así, sin más, y no a mi propia obra, creo que lo más curioso me pasó con Niegues Casón. Si usted no sabe quién es, no se preocupe, porque no es nadie

o es mucha gente, así que si usted publica su apellido, a mí no me importa y no creo que su descendencia, voluble descendencia, tenga problema tampoco. La historia en realidad es de lo más estúpida, pero vale la pena recordarla. El tipo me llamó una tarde, hará unos cinco años; me quería contratar para ayudarlo a escribir su testamento. Así me dijo. Se llamaba Juan José y murió hace tres años, no mucho después de que diéramos por finalizado el trabajo.

Bueno, el tipo me llamó y la verdad



es que no presté demasiada atención al requerimiento. Primero supuse que sería un hombre meticuloso, que pretendía que le corrigieran la redacción y la ortografía del testamento, no ya el estilo ni nada de eso, claro. Que buscaba el respaldo de alguien autorizado. No digo que mi autoridad fuera reconocida como la de un cirujano, pero algo es algo. Yo había publicado “Saltos ornamentales” pero, hay que decirlo, nadie me conocía en realidad. Eso recién vino cuando gané con “La voluntaria”. Así

que hace cinco años escribía lo que fuera, para no sentir que un trabajo me podía alejar de la escritura y a eso le ponía tanto empeño como a cualquiera de los cuentos de “Saltos...”. Ahora me parece que esa postura era bastante ingenua, pero en aquel momento no lo pensaba y, además, supuse después, pero antes de conocerlo, que el viejo –el timbre de voz era de un hombre mayor– no le llamaba testamento a un verdadero testamento, sino a una autobiografía o a unas memorias. Qué sé yo, pudo haber



sido senador hace muchísimos años y pretender continuar esa costumbre de la generación del 80, la de Quesada y tantos otros. En fin, la cuestión es que supuse, en segundo lugar, que iría a ser una especie de Ghost writer, de negro literario de un olvidado ricachón pueblerino, así que, como necesitaba ganar plata, porque cuando uno es desconocido un taller literario rinde poco, acepté una entrevista, para que me contara qué quería de mí. Y quedamos en encontrarnos en un bar del centro, a eso

de las cuatro de la tarde.

Tuve que esperarlo porque llovía, y el auto que lo trajo no encontraba lugar para estacionar. Yo lo vi desde la ventana del bar y lo reconocí enseguida. A través de los vidrios polarizados alcancé a adivinar la sombra de un hombre que recostaba un poco la cabeza en el respaldo del asiento trasero. Por supuesto, entendí que el tipo andaba con chofer, y el auto marrón oscuro (no sé qué auto era porque nunca entendí de marcas ni modelos), era un auto caro



y grande, eso seguro. Habrán pasado unos diez minutos, antes de que decidiera estacionar en la ochava. El hombre bajó solo. Tenía un bastón decorativo y se acercó rápidamente. Incluso me saludó con alguna simpatía campechana a través del cristal, antes de entrar. Era corpulento, con la cara marcada de pecas; aunque ahora con un color incierto en el pelo, sé que tuvo que haber sido pelirrojo.

—....

—No, nunca se me ocurrió lo que iba a

ofrecerme. Ya le dije, por un lado pensé que no era realmente un testamento; por otro lado, también pensé que quería que estuviese bien redactado, incluso, que quedara la anécdota para la posteridad, de que había contratado a un escritor para eso; hay tipos así, no lo dude. Cuando me saludó, se me ocurrió que había hecho algunas averiguaciones mínimas, porque me reconoció de solo verme. No es una cosa tan difícil, pero es un detalle. Ya le dije que no era conocido de verdad. La cosa es que se



sentó, se presentó, tendiendo la misma mano con la que había agarrado el bastón, que quedó erguido al costado de la mesa como un sirviente que espera otra orden, y me dijo sin dar mucha vuelta que no me había buscado directamente a mí, que como Gabriel Pardo no podía realizar el trabajo, él le había pasado mi nombre. Internamente lo puteé. Aunque todavía no me había dicho de qué se trataba todo, me entraron algunas sospechas, porque Gabriel ni siquiera me había comentado el asunto. Cuan-

do le dieron mi nombre, me confesó, ni siquiera me conocía, pero se informó, hasta se consiguió un volumen de “Saltos...” (lo que me hizo pensar que quizá estuviese ante el único lector vivo de ese libro). Entonces me dijo lo que quería.

Había notado que en mis cuentos, no tanto en la novela (es increíble cómo gente ajena por completo a la literatura, tiene a veces percepciones más ajustadas que los expertos o que los propios autores), las historias tenían en común una actitud constante en algunos per-



sonajes que consistía en ocultar las aristas ofensivas de las decisiones que tomaban y la forma en que lograban eso le pareció muy conveniente. No sé si eso era cierto, por lo menos no había sido mi intención; te digo más, en todo caso, qué sé yo, habría que tomarlo como una ironía o una denuncia de cierta moral de clase media. No, al viejo le venía al pelo. Ahí no más me explicó todo. Lo que quería, claro. No tenía descendencia. Tenía algunas propiedades que representaban un capital algo

cuantioso, pero no sorprendente. Tenía tres sobrinos que ya estaban esperando hacía rato que él muriera. Quería cambiar el testamento y quería hacerlo de manera tal que ninguno de los tres se sintiera ofendido, para que no tuvieran problemas una vez que él no estuviese.

—....

—No, claro, no parecía complicado, y al mismo tiempo parecía ridículo. Al menos yo me dije qué podía importarle después de muerto. Y le presenté dos quejas inmediatamente. 1) No soy un



buen polemista. Los argumentos que encuentro para discutir, no son siempre los más lúcidos ni contundentes. 2) Si le dejaba más o menos partes iguales a los sobrinos, nadie se quejaría. Además, la herencia misma sería razón suficiente para no quejarse.

Descartó con un silencio el primero de los dos argumentos y me dijo, del segundo: Usted no conoce a mis sobrinos. Son una mierda. No se conforman con que les deje a todos lo mismo. Tienen que sentir en alguna parte que

ellos salieron ganando y que el otro recibió menos.

Además, quería hacer un cambio en el testamento. Pero en el momento no me aclaró nada. Hablamos solamente de retocarlo y hacer unas transformaciones que no era necesario aclarar ahí, y de cuánto iba a pagarme. El viejo era muy vivo. A la vista del pago, casi cualquier problema se hacía mínimo. Así que el lunes siguiente me pasó a buscar un coche por mi casa y después de una hora y pico de viaje llegué a su estan-



cia. La había comprado su suegro en el cuarenta y pico. El casco estaba un poco descuidado, pero se notaba que había sido o pertenecido a una familia bien acomodada. En realidad, todos los lujos que tenía, y que descubrí cuando entré, eran algo anticuados, pero conservaban cierto encanto, no voy a negarlo. Adentro estaba él, apoyado en el bastón, esperándome como si recibiera a un invitado de honor, aunque sin ninguna fanfarria, claro.

—...

—Sí, me pareció un poco exagerado. Tener que instalarme allá una semana (fue el primer plazo que pusimos) para hacer un trabajo que podía tranquilamente realizar en mi casa, pero como me conformaba la ganancia, acepté. Así que una especie de mayordomo me llevó a una habitación, en la que pasé bastante frío, y después me invitó a almorzar. Durante la comida, el viejo me contó con más detalle lo que quería. Pero antes me hizo un relato sumario para introducirme en tema: nunca ha-



bía tenido hijos. Su mujer padecía no sé qué dolencia en la sangre que le hacía perder los embarazos. Después de cuatro intentos, prefirió no someterla más a esa tortura física y psicológica. Ella nunca aceptó adoptar. Esto es raro. Yo le pregunté por qué y me dijo que por varias razones, aunque algunas solamente eran suposiciones suyas. Por un lado, sentía que se resignaba a aceptar lo único que le quedaba, como un consuelo y nunca iba a poder querer un hijo que fuera un consuelo; nunca iba a

sentirlo suyo realmente. El viejo suponía, además, que ella no quería que alguien que no era su sangre heredara su fortuna. Esta mezquindad, dijo él, siempre quise entenderla, pero no pude. Claro, no era él quien había amasado esa fortuna que habría que repartir; pero él tampoco era tan desinteresado. Los tres sobrinos eran hijos de diferentes hermanos varones de su mujer, uno por cada uno, y uno de esos sobrinos, además, era una mujer. Los cuñados estaban muertos hacía rato; el único que



quedaba vivo de esa generación era él y ahora había que pasarle todo a la generación siguiente, compuesta, aparentemente, por tres sátrapas que no pensaban trabajar jamás. La sobrina era su preferida. De ahí venía la voluntad de cambiar el testamento, pero quería que eso ocurriera de la forma más sutil posible, porque lo atemorizaba la idea de que una vez muerto él, los sobrinos se distanciaran y perdieran todo. A muchas familias patricias les pasó eso y después solamente les quedaron el ape-

llido y las ínfulas. Es una forma de conservar, aún después de muerto, pensé yo, el control sobre el resto de las personas. Los sobrinos eran muy celosos unos de otros, así que en eso estaba mi trabajo, que planteado como estaba no parecía tan complejo.

—....

—No, al principio no hubo ningún problema. Estábamos los dos en la casa, con un sirviente, el mayordomo, que parecía del siglo XIX y era como un secretario personal del viejo. Yo me en-



cerraba a redactar el testamento y el viejo me reprobaba; siempre le parecía que le faltaba más de sutileza, que todavía podía ser ofensivo para alguno de los sobrinos. Yo había encontrado que el argumento por el género era el más valedero para aumentar la cuota de su sobrina en contra de los otros dos. Al mismo tiempo, él me contaba anécdotas intrascendentes sobre viajes y campos y no sé cuántas cosas más que yo oía sin atención.

El problema llegó la mañana del ter-

cer día. Te aclaro que yo esperaba haber terminado ya, porque me parecía una exageración tomarme más de dos días para redactar ese papel. Esa mañana el chofer pasó temprano a buscar al viejo y fueron hasta la ciudad a hacer un trámite. Yo estaba solo en la casa, salvo por el sirviente, pero me daba vergüenza molestarlo por pavadas. Ya tenía redactada la novena versión, creo, y estaba mirando los muebles y los adornos y recuerdos que había en la estancia, que no había observado todavía, cuan-



do apareció la sobrina. Enseguida me impactó. Íntimamente quería que fuera intolerable. Pero era muy linda, simpática y desenvuelta. Me confesó que sabía quién era yo y qué hacía en la casa y que quería saber cómo iba el asunto. No quise explicarle lo que su tío me había pedido; pero ella se adelantó. Tenía muy en claro que sacaría la mejor parte. Ella sabía que el viejo querría comprar su silencio. De este asunto sus primos no sabían nada, pero ella sí. Parece que el viejo había tenido un hijo, que ade-

más era mayor que ellos tres, con la hija de un capataz; que el capataz no había dicho nada, aunque sabía todo, que la hija no había dicho nada, aunque sabía lo que le correspondía, pero que no se podía confiar en el hijo, que ahora tenía casi treinta años.

—...

—Claro, yo también me acordé de *Sin Rumbo*, la novelita de Cambaceres, pero la sobrina me contó cómo se había enterado y cómo le había propuesto a su tío, sin muchas vueltas, que le dejara



mucho más que a sus primos, porque de otra forma, obligaría al chico a hacerse una prueba para verificar su paternidad. Lo más lógico, lo que pensó el viejo, y yo también cuando me lo contaba, era que a ella no le convenía desde ningún punto que el hijo apareciera, porque ella se quedaría sin nada. Ella lo conocía más que él a sí mismo y lo fue convenciendo; le dijo que pensara si quería que el hijo de una peona se quedara con lo que había trabajado él durante toda su vida (aunque vale aclarar que su tío

posiblemente no hubiese trabajado en la vida, más que registrar los nacimientos de algunas vacas en una planilla y andar con las botas llenas de mierda de vez en cuando). Al principio no se dejó influir, pero de a poco la idea fue germinando en su mollera conservadora y prendió. Ella quería asegurarse que la parte que figurara en el testamento fuera lo que su tío había prometido. No quise hacerle mucho caso y le expliqué que no habíamos pasado a la parte concreta todavía; estábamos en las justifi-



caciones, las que, por lo demás, a ella la ubicaban muy bien. Pero más no quise adelantarle. Cuando a la tarde volvió el viejo todo estuvo muy tirante. Para empeorar las cosas, a la nohcecita cayeron los otros dos sobrinos. Yo me mantenía al margen; mientras cenamos, la situación, que parecía amena, se volvía tan rígida por momentos que yo sentía que estorbaba. Estuve seguro inmediatamente que el menor de los dos sobrinos estaba bajo el imperio del mediano. También supuse que ese sabía algo más,

pero que se refería a la sobrina y no al viejo. De todas formas, ningún tema relacionado con el testamento se había tocado, más allá de mi presentación, en la que el viejo hizo explícita una parte de mi tarea: yo venía a corregir los errores de redacción, nada más. El viejo se había hecho fama de hombre obsesivo y culto (era un poco bestia en realidad) y la excusa era verosímil. Al mirarlos, no parecían parte de una misma familia. Salvo el sobrino del medio, en quien me pareció descubrir por un instante cierto



parecido con el viejo, los otros dos, no tenían nada que ver. Cuando encontré la oportunidad, me despedí de todos y me encerré en mi habitación. La situación era tremendamente literaria o me parecía, al menos, desde algún punto de vista: todos en esa casa aislados, un grupo cerrado de personajes, tensiones entre los personajes que no están claras. Y faltaba más. Por suerte me había llevado unos cuantos libros para leer esa semana y leía tranquilo cuando se apareció sigilosamente la sobrina

en mi pieza. Por supuesto, me sedujo y yo me dejé, tampoco había que negarse a todo. Claro que me acordé de Kafka y las mujeres que seducen a sus personajes, pero lo dejé pasar. A la mañana siguiente, el viejo me abordó antes del desayuno, se hizo anunciar en mi habitación –sí, todo el ceremonial era para mí novedoso– y me informó que algunos planes habían cambiado. Ahora tenía que dejar partes iguales a la sobrina y al sobrino menor. Imaginate mi sorpresa. El menor se me había ocurrido



un títere del otro y ahora salía ganando. Algo había pasado y yo no sabía qué. El viejo, por supuesto, discreto, me dijo que había pensado mejor, al verlos a los tres juntos, y creyó que el menor merecía algo más de lo que le dejaba. Yo no tenía problemas. Mientras quedara para pagarme a mí, todo me daba lo mismo, incluso la parte de la sobrina, quien insistentemente buscaba entre mis papeles cuando yo fingía estar dormido unas horas antes en mi habitación.

—...

—Sí, claro, es la situación que me inspiró la historia de “Condenado el que canta”; fue solamente el germen, el desarrollo dista mucho de lo que me ocurrió a mí. Porque al rato ya me sentía el personaje más importante de la estancia. El sobrino menor vino a verme a la biblioteca de la casa, donde yo estaba solo y, en teoría, trabajando. Era menos directo que la sobrina, pero no menos interesado. Se disculpó por interrumpirme y dando diez mil vueltas llegó hasta el tema central: cómo le iba



a él en el testamento. Enseguida, incluso antes de que yo le respondiera, creo, me explicó que él sabía que la sobrina extorsionaba a su tío desde hacía al menos tres años, que por esa razón el tío le pasaba una abultada mensualidad y no trabajaba, que ella había mantenido una relación oculta con el hijo bastardo del tío, que no me sorprendiera porque así se mantenían los apellidos en nuestro país, que iba a hablar con ella, porque si esto salía a la luz todos perdían, y más ella que creía tener todos los flancos

cubiertos. Pero además, corrió al viejo con el mismo argumento que ella, solo que al explicarle lo anterior lo convenció de que a él lo apuraban mejores sentimientos, que el bastardo no se quedara con la plata de la familia, y que él haciendo esto corría un doble riesgo que lamentaba mucho: perder todo, el primero, y además, ganarse el odio de él, su tío, el segundo y el peor. Un hipócrita, claro. Le dije que me parecía que le iría bien, que su tío me había pedido una modificación en su favor pero que



no sabía cuál era. Esto lo conformó. A la tarde apareció el viejo en la biblioteca; yo leía. Charlamos un rato y sin mucho escándalo le pregunté por las posibles extorsiones de sus sobrinos. Se desmoronó o fingió que se desmoronaba. Ya me había dicho que eran una mierda, pero no había esperado tanto. Mentira, su sobrina lo extorsionaba hacía años. Sí, pero era ella sola, ahora se sumaba el otro y no sabía con qué saldría el del medio. A esta altura a mí también me intrigaba el otro sobrino que se había

mantenido fuera de esto, salvo por la noche anterior en que parecía nervioso. Le pregunté por su presunto hijo. Me confesó que cabía la posibilidad de que fuera su hijo, aunque no estaba seguro. La madre nunca había pedido nada; él nunca había pedido nada. Vivía en la ciudad, el viejo sabía bien quién era, incluso se veían y conversaban, porque su familia había trabajado para ellos y esto había creado un vínculo duradero (entre otras cosas un vínculo de sumisión, que para mí explicaba el silencio). Era



cierto que si su sobrina se lo proponía, con lo obstinada que era, lograría llegar a tribunales hasta hacer un ADN. Eso lo aterrorizaba; la vergüenza los cubriría a todos y además, solamente el peoncito recibiría la herencia. Esa noche me pondría a trabajar en las nuevas modificaciones, para que el viejo se quedara tranquilo. Pese a todo, a la noche quise colarme en la pieza de la sobrina.

—...

—Por supuesto, por más que esto no hable muy bien de mí, quería aprove-

char la situación. Sorpresa. Todos se habían ido después de cenar. Esa fue una noche perdida. No trabajé, no estuve con la sobrina, no pensé en nuevas justificaciones para dejar en banda al sobrino del medio sin que se ofendiera. No hice nada. Al otro día, estábamos nuevamente solos con el viejo. Me contó toda la historia de su amorío con la hija del capataz. Una clásica historia que no vale la pena repetir, disuelta por intereses económicos y de clase, como siempre, que para bien y para mal jus-



tifican todo, aún cuando no sean verdaderos. Las fechas coincidían, así que el temor era fundado. A la tardecita de ese día, el quinto, trabajé bastante y para la mañana siguiente hice las últimas correcciones. Había necesitado la colaboración del viejo para inventar nuevas excusas, como los intereses artísticos del sobrino del medio, para justificar la entrega de bienes simbólicos en contra de bienes concretos, más burdos, que harían la felicidad de los otros dos y no la suya, y así. El viernes por la tarde, me

dio el visto bueno, me pagó, me hizo llevar con el chofer y no lo vi más.

—...

—Sí, murió de cáncer de pulmón a los 77 años, tres años después de redactado el testamento. Yo me enteré por Gabriel Pardo. También me enteré y por casualidad, que Gabriel Pardo, para el tiempo en que yo trabajaba en el testamento, era pareja de la sobrina del viejo y entendí por qué quería quedar fuera del asunto. Me olvidé por un año, después publiqué “Marcha Fúnebre”, donde está el cuento



que mencionaste. A los dos meses se me apareció Gabriel y me contó el final de la historia. Ya no estaba con la sobrina, que aparentemente solo quería usarlo, pero no sé, viste como son los abandonados. Todo fue a parar a tribunales, por un error del sobrino del medio. El peoncito tuvo que hacerse a desgano las pruebas de ADN para enterarse lo que ya sabía, que no era hijo del viejo; el problema fue que todos tuvieron que hacerse las pruebas, porque habían cremado el cuerpo del viejo. En el interín y misteriosamente

apareció un mechón de pelo en un sobre que siempre había guardado la madre del sobrino del medio; rápidamente se dieron cuenta que era del viejo porque era el único pelirrojo de la familia. De las pruebas resultó que el hijo legítimo y heredero universal era el susodicho sobrino del medio, que así se enteró y se quedó con todo entre el escándalo y el desengaño. La carta que supuestamente acompañaba al mechón nunca apareció, pero ya no era necesaria.



— **LA PASIÓN SEGÚN IRUSTA**



*A mi viejo, que le gustaba
contarme esta historia*

El hecho fue real y ocurrió, probablemente, en la década del 50. No hay dudas sobre el lugar: Bahía Blanca; y conmocionó –no sé si el verbo no es exagerado para consignar el sentimiento de un pueblo impasible– a sus habitantes. Aunque el señor Faber, que fue mi chapista y mi vecino desde el 72, y

había vivido en aquella ciudad, me relató la historia varias veces, sus participantes nunca fueron precisados con nombres, rasgos, ademanes y tantas otras nimiedades que conforman la identidad de un hombre. Los personajes sí están claramente definidos: un hombre modesto, que se emplea como tornero, su esposa infiel y un amante desgraciado que tuvo algún tiempo para gozar de lo que se le ofrecía sin ningún precio aparente. Lo demás, todo detalle que lo arranca de la nebulosa indeter-



minación de mi ignorancia, lo inventé, no quise averiguar más. No tenía sentido; esa bruma imperfecta ya me atraía.

El hombre era alto, tenía pelo castaño claro, cortado casi al rapé, y usaba anteojos con marcos de metal, sobre una nariz recta y significativa; tenía ojos claros y manos fuertes, acostumbrado a las tareas que imponía su oficio, los dientes manchados y la piel del rostro tirante, por el cigarrillo. Se llamaba, convengamos, Alberto Irusta. Trabajaba de siete de la mañana a cinco de la

tarde en la tornería “Liedmann Hnos”. El señor Liedmann era en realidad uno solo, petiso, un poco calvo, amable con sus empleados.

Irusta se levantaba temprano –era un hombre puntual y entendía que el detalle no era menor–, antes de agarrar la bicicleta se tomaba un traguito de ginebra para calentar el cuerpo, metía unas hojas de diario entre la camisa y el pulóver y se ponía encima un gabán espigado gris oscuro, con los puños y los codos deshilachados por los



años. Almorzaba en la tornería, durante una media hora de descanso que los empleados tenían permitida para ese propósito. Realizaba estos rituales que eran su vida sin desdicha y sin alegría. Era callado pero simpático. Es decir, no dejaba de saludar cuando lo saludaban y hasta tomaba la iniciativa en algunas ocasiones. Era inteligente y tuvo la íntima esperanza de aprender bastante, con lecturas nocturnas, para ponerse un taller mecánico algún día. Su esposa tenía una belleza que todos reconocían con

facilidad y admiración, hablaba mucho más que él y era inútil para casi todo. Se querían, hecho que no excluye otros.

Supongamos que una de esas mañanas –este es el punto de la historia que nunca estuvo claro para mí– antes de salir, busca entre los papeles de su mujer unos suyos que precisa para iniciar un trámite durante el almuerzo, para lo cual había pedido permiso. Supongamos que entre los papeles que mueve al azar y sin atención, porque reconocerá el suyo automáticamente, se topa



con una tarjeta, de las que se usan para acompañar los regalos y que intentan darles un sentido. La letra es extraña; el mensaje, no. En medio del asombro, se siente repentinamente mareado. La firma lo extraña más. El hecho de no conocer, ni de nombre, al remitente lo hace sentir peor. Su mujer se vuelve más distante, ajena e ignorada en su infidelidad. ¿Qué estaba haciendo él mientras ella conocía a una persona que su mundo no registra? No es una pregunta a la que quiera dar respuesta.

Su mujer todavía duerme, así que sale para el trabajo, sin despertarla, sin decirle que descubrió lo que descubrió. No es improbable que se haya culpado, que haya supuesto desatenciones y maltratos: es lo que hacen algunos maridos para encontrar explicaciones y salvar a sus mujeres, para que sobrevivan un tiempo más. Después de haber salido en bicicleta pudo haber parado a mitad de camino entre su casa y la tornería. Es temprano –nunca llegó con retraso–, se apea y revisa los bolsillos



y lee nuevamente la tarjeta que se trajo escondida. Se le vuela y corre a buscarla, entre los yuyos secos al borde de la calle de tierra. Se sabe que el clima de Bahía Blanca es horrible. Se queda parado, imperturbable en el viento de polvo y de frío, pensando en la tarjeta o tratando de pensar en algo referente a la tarjeta que tiene en la mano; y solamente hay silencio.

En el trabajo, actúa normalmente, como si su vida no se hubiese transformado con la noticia y esa mañana pre-

fiere no llevar a cabo los trámites. Se queda en la tornería, abstraído, trabajando como cualquier otra jornada. Al final de la tarde ya ha arreglado el asunto, pero no vuelve a su casa. Malgasta el tiempo en la ciudad, anda por el centro, por la estación de ferrocarril sin ningún sentido inmediato. Antes de volver se golpea en la cabeza. Ya anocheció y ha refrescado bastante. La esposa se muestra preocupada. Irusta sin dudar inventa. “No sé, recién venía para acá y me pareció que era muy de noche ya,



no sé qué me pasó”. La esposa descubre un hilo de sangre seco en la nuca de su marido; se asusta, le pregunta si se siente bien; él le contesta que sí y comenta que no se había dado cuenta que la casa estaba un poco deteriorada. La besa cariñosamente –es probable que no actuara así con frecuencia y que ella lo mirara extrañada– y se ducha antes de cenar. Devuelve la tarjeta al cajón, mientras ella está en la cocina. Le promete que pintará la pieza y que van a cambiar las cortinas, porque

no quiere que ella viva viendo paredes con pintura vieja y cortinas raídas, el ambiente la puede entristecer. No adelanta más detalles.

Al otro día, solo le falta un dato. Va a la tornería normalmente y a la hora del almuerzo anuncia que va a realizar el trámite para el que había pedido permiso antes. Con mucha voluntad, con su estado físico, puede hacer el camino de ida y vuelta en cuarenta y cinco minutos, volver a la tornería cinco minutos más tarde y justificarse con alguna in-



conveniencia burocrática. Sale apurando la bicicleta hacia su casa. El viento arrastra la tierra que silba encima de los pastos secos al costado de la calle. Ni bien distingue el barrio siente que se le aflojan las piernas. Consulta el reloj. No ha tardado mucho. El barrio está compuesto en su mayoría por casas bajas y por dos edificios de departamentos de pocos pisos al fondo de otras tantas manzanas. Las casas, a la vista y de noche, son todas iguales, unas luces rompiendo el campo ralo. De día, son como

el reflejo de un espejismo inundado por el sol. Él vive en la planta baja del edificio de la derecha. Un departamento modesto, pero bien construido, con ambientes amplios y cómodos. Toma por la calle del extremo izquierdo, para no ser visto. Desde la esquina distingue un auto en la puerta de su casa. Nunca lo había visto por el barrio. Un poco turbado entra al almacén que queda justo en la esquina, a una cuadra de su casa, sobre la vereda de enfrente. Como si fuera un pensamiento molesto por lo



trivial, quiere deshacerse de la idea de que la cabeza del almacenero le parece por primera vez una manzana. Quiere ocultar su incomodidad y pide un pedazo de queso (fue lo primero que vio al entrar, sobre el mostrador, debajo de una campana de acrílico transparente). Irusta cree notar que el almacenero se sorprende de verlo, lo cual no es extraño, porque nunca vuelve a esa hora, pero él sospecha que es otra la razón. Sin mostrarse más locuaz que de costumbre Irusta inicia una charla que lle-

ga hasta el coche. Dice que le gustaría comprar un coche así, que si no sabe de quién es el que está en la otra cuadra.

Frente a la pregunta, el almacenero se quedó incómodamente callado por un momento que duró menos, es posible, de lo que fue sentido por Irusta. Después dijo que no sabía de quién era e Irusta enseguida cambió de tema. El coche quedó como un nudo en un cordel. Cuando se iba el almacenero lo detuvo:

—El coche no sé de quién será, pero sabe venir después del mediodía y se va



como a las tres, salvo los viernes.

—Ah, Gracias... —dijo Irusta, con la voz trabada, desatando el nudo—. Por el queso.

El almacenero ladeó la cabeza amistosamente. Irusta agarró la bicicleta y se fue por la calle que había venido y llegó a horario a la tornería.

En su casa, siguió con lo pautado. Tomaron mate entre la luz oblicua y rojiza de la tarde. Hablaron sobre temas indiferentes, escucharon la radio. A la noche, trató a su esposa muy bien, le re-

pitió que tenía pensado pintar la pieza y poner cortinas nuevas, y le contó que él mismo iba a hacer los barrales que a ella le gustaban, de hierro, los podía ir haciendo entre un trabajo y otro en la tornería, Liedmann no se iba a molestar, porque otros ya se habían fabricado alguna cosa con los sobrantes, pero le iba a pedir permiso para hacerlo, porque estaba dentro de los cálculos. Ella quedó satisfecha, hay algunos arranques domésticos que se confunden con gestos de amor. Al día siguiente irían



a elegir y pedir la tela, mientras tanto irían pintando.

Enfrente del torno fue dando forma al barral mientras el cóncavo sonido de las bobinas lo arrastraban hacia una vida cuyo único sentido tenía delante de él. Cuando lo terminó, no le pareció tan bueno como había pensado; a su esposa le pareció perfecto. Había tardado una semana, menos de lo que tardaría la tela en llegar de Buenos Aires.

—Por ahora lo dejo acá.

Indicó Irusta y apoyó el barral contra

el marco de la ventana de la pieza, y lo tapó con las cortinas viejas, para poner la precisión que todo requería. Cuando llegó la tela le dijeron que había mucho trabajo y que las cortinas estarían listas un mes más tarde y el matrimonio se desanimó un poco con la noticia. Una semana antes de que se cumpliera el plazo se acercó a la sedería y le confirmaron que el miércoles podía pasar a buscarlas. Le avisó a su mujer. En ese momento decisivo, Irusta no se asustó, sintió solamente que él mismo era más real de



lo que había pensado, más real que las mínimas molestias de un matrimonio.

El lunes trabajó por la mañana, almorzó con sus compañeros (lo vieron comer mucho), trabajó durante la tarde y volvió a su casa. Tomó mate con su esposa, porque era un atardecer sereno, arregló algunos detalles que precisaban reparación y, de noche, leyó una de sus revistas sobre mecánica. Al día siguiente, el martes, se descompuso antes del almuerzo. El señor Liedmann lo observó con precaución. Irusta dijo

que no comería, que se sentía muy mal. Liedmann era un hombre comprensivo y hasta indulgente; le preguntó si todavía era capaz de andar en bicicleta. Irusta dijo que sí, aunque no parecía que dijese la verdad. Liedmann se quedó preocupado después, porque Irusta no se hubiese agravado en el camino. El miércoles Liedmann leyó en *La Nueva Provincia*, lleno de sorpresa, hay que decirlo, que Irusta había llegado a su casa y había encontrado a su esposa con un hombre en su cama (un comerciante



conocido en la ciudad) y debidamente irracional no pudo contener su rabia y los asesinó con lo primero que tuvo a mano. Lo primero que tuvo a mano fue un artículo doméstico que el diario se ocupó de describir sucintamente: un barral para cortinas que según las fuentes policiales, Irusta había hecho un mes y medio antes.

El señor Liedmann declaró, habló muy bien de su empleado y siguió el juicio, que duró bastante poco, a través del diario, y le reservó su puesto después

que fue condenado mínimamente por emoción violenta. Irusta, al salir, sin embargo, dejó Bahía Blanca para siempre.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina